

Carlos Herrejón Peredo, *Los orígenes de Guayangareo-Valladolid*, México, El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán, 1991.

Parecería extraño que a 450 años de fundada una ciudad se estuviera todavía cuestionando sobre sus orígenes y sobre la conciencia histórica que sus pobladores tienen al respecto. De igual manera podría parecer incomprensible que a pesar de haberse escrito una gran cantidad de páginas sobre los orígenes de la actual ciudad de Morelia, por parte de los más destacados historiadores desde mediados del siglo XVII y hasta la actualidad, el asunto de la fundación y la historia de sus primeras décadas estuviera aún oscuro y fuera motivo de acalorados debates entre historiadores. No obstante lo anterior, el presente libro de Carlos Herrejón Peredo tiene una gran actualidad, precisamente porque esclarece convincentemente en torno a un pasado histórico controvertido, polémico e interpretado tendenciosamente a través de múltiples

intereses, de manera que su lectura resulta obligada no sólo por su impacto historiográfico en la historia local y regional, sino también como un buen ejemplo en su tratamiento metodológico, esto es desde su crítica de fuentes, análisis y manejo de la información inédita y publicada, hasta la explicación a determinadas problemáticas.

Entrar al estudio de los orígenes del asentamiento de Guayangareo-Valladolid ha sido entrar al conocimiento de una gran polémica y problemática político-administrativa de la época colonial temprana, entablada entre el primer obispo de Michoacán, Vasco de Quiroga, y el primer virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, sin embargo, Herrejón no se limita al análisis discursivo de los personajes protagónicos, sino que en su afán por mostrar el desarrollo objetivo del asentamiento, se adentra en la historia urbana, su sustentación jurídico-legal y en la historia de sus pobladores con nombres, apellidos y apodos; de esta manera el autor nos muestra que la historia la hacen no sólo los grandes personajes, sino también los moradores simples de un pueblo o una ciudad, como fue el caso que se estudia.

Los temas mayormente tratados han sido el sustento jurídico y proceso legal en que se vieron envueltos los pobladores de la ciudad, ante el embate de sus opositores, así como también se han tratado, aunque en menor medida, problemas fundamentales del sostenimiento económico del asentamiento, aspectos demográficos y composición étnica. Sobre esto advierte el autor que son temas no acabados y que habrá que seguir investigando para tener comprensión cabal del desarrollo histórico de la ciudad. A este respecto habría que destacar los complejos fenómenos sociales que marcaron el inicio de las villas, ciudades y centros mineros de interés primordial español, precisamente por ser centros de inmigración voluntaria e involuntaria, laboratorios sociales por sus complejas relaciones interétnicas y núcleos integradores de una nueva estructura política y económica regional que hicieron cambiar en este caso la organización del señorío tarasco.

El caso del establecimiento español en Guayangareo es un buen ejemplo para el análisis de estos complejos fenómenos, sin embargo, considero que la presencia indígena debió ocupar un papel más protagónico de lo que se establece en el libro que se comenta. El autor nos ha hecho un estudio detallado de los requerimientos de mano de obra india en la naciente ciudad y los lazos de dependencia que se empezaron a tejer con los pueblos y caseríos indígenas establecidos en torno a Guayangareo; de la misma manera su investigación incursiona en el estudio del poder que ejerce el nuevo asentamiento no sólo hacia los pueblos circundantes, sino también en torno a un ámbito geográfico mayor a través de las congregaciones de pueblos de indios y por el sis-

tema de trabajo del repartimiento forzoso. Considero también que la presencia indígena en la nueva ciudad debió ser más participativa, no sólo en cuanto a ofrecer sus brazos para el trabajo a través de sistemas de trabajo forzado y temporal o bien en cuanto al suministro de alimentos, sino también por medio del establecimiento permanente como los propios españoles, a través de movimientos de inmigración tanto de los propios tarascos como habitantes de la Gran Chichimeca, o aún de los grupos nahuas del centro y sur mesoamericanos, traídos expresamente para reforzar el proyecto poblacional del virrey Antonio de Mendoza desde 1541.

El estudio de la población indígena de Guayangareo está aún en espera de escribirse, tomando en cuenta desde luego el breve capítulo primero de Carlos Herrejón dedicado al Guayangareo prehispánico, pero también utilizando los pocos datos que nos proporciona la fuente etnohistórica más importante del occidente de México: la *Relación de Michoacán*, la cual en su página 109 se refiere a las conquistas del señor Tariacuri, precisamente “donde están unos cúes, cerca de Uayangareo, en el camino de México” (*cf.*, *Relación de Michoacán*, 1977). Es posible que a la llegada de los españoles al lugar, su población indígena estuviera efectivamente diezmada como lo establece Herrejón, sin embargo, es conveniente valorar estos datos, ya que constituía un lugar de conquista, situado en un punto estratégico por ser camino pasajero y por lo tanto de ocupación en el postclásico, a pesar de no haberse encontrado a la fecha evidencias arqueológicas de esta época.

En cuanto al examen de la conciencia histórica que lleva a cabo en los últimos capítulos, el autor nos ha dado una lección del significado de la historia y de su proyección a la actualidad. Nos muestra lo débil de la memoria de los hombres y del peligro que corre un pueblo que no posee esa memoria de su pasado histórico. Al surcar sobre la conciencia histórica, su rescate y esclarecimiento de los orígenes de su ciudad cobran un gran valor y sin duda estarán dejando en sus lectores una semilla que fructificará en el amor y defensa de sus monumentos y de nuestra propia historia.

CARLOS PAREDES MARTÍNEZ